

piracion durante el gobierno de D. Anastasio Bustamante, correluyó en el suplicio una vida sembrada de perversas é inhumanas acciones. La pátria debe agradecerle únicamente los buenos servicios que prestó al lado del general Morelos.

Su violenta separacion de la comandancia de Puebla y Veracruz, dejó en completa independencia las fuerzas de Osorno, Victoria y Terán, que operaban aisladamente en los llanos de Apan, provincia de Veracruz y territorio de la Mixteca. El primero de estos gefes, disponiendo de las haciendas de pulque que redituaban cuantiosas sumas al gobierno de la capital, habia dado ocasion á fuertes y continuas providencias por parte del virey; pues las correrías de Osorno y de cada uno de sus subalternos, se limitaban únicamente á saquear las poblaciones, las haciendas y los caminos. Una partida de seiscientos hombres entró el 16 de Enero en la ciudad de Tezcoco, y despues de haberla entregado al saqueo y puesto en libertad á los presos de la cárcel, observaron igual conducta en la hacienda de Chapingo situada á sus inmediaciones. Los realistas tuvieron que encerrarse en la parroquia de la poblacion. El mayor D. José Barradas, nombrado comandante de la seccion realista que operaba por ese rumbo, dió principio á sus operaciones mandando fusilar á cinco individuos del pueblo de Otumba, nada mas que por haber sido asesinados tres de sus soldados fuera de los parapetos, y al mismo tiempo exigió á todos los vecinos la contribucion de cinco mil pesos. En seguida marchó con quinientos hombres á batir á Osorno que lo esperaba en las gargantas de Nopaltepec; pero este gefe, á quien se habian reunido las partidas de Inclan, Serrano y Espinosa, lo atrajo insensiblemente á un terreno en que pudiese obrar su numerosa caballería, y lo obligó á retirarse á San Juan de Teotihuacan despues de ocho horas de continuado fuégo. El comandante Barradas se retiró con considerable pérdida entre muertos y heridos, en cuyo número aparecia el valiente capitán D. Anastasio Bustamante. El cabecilla Osorno ganó esta accion en el parage nombrado las Tortolitas, la segunda de este nombre que se habia dado el mismo año.

Los insurgentes amenazaron en seguida la capital por la villa de Guadalupe; pero habiendo sido reforzado Barradas con trescientos hombres y cuatro cañones que le remitió el virey, volvió á tomar la ofensiva y recorrió con felicidad todos los llanos de Apan. El cabecilla Osorno, aclamado teniente general por los suyos en la hacienda de Atlamajac, se contentó con dar algunos nombramientos á varios de sus camaradas, y continuó ejerciendo sus actos de robo y asesinatos en aquella parte del territorio. Entretanto el coronel Guerrero obtenia muy buenos resultados en la Mixteca; pues además de haber organizado una regular fuerza de infantería y caballería, tenia en continua alarma á las guarniciones realistas que se hallaban en aquella parte del pais, y nada faltó para que hubiese

tomado por fuerza las poblaciones de Acatlán y Tlapa. El coronel D. Melchor Alvarez, destacado por el virey para poner sitio al Cerro Colorado, se vió en la precision de levantarlo el 12 de Octubre, sin obtener resultado alguno favorable.

Ya hemos dicho que D. Ramon Rayon se hallaba fortificado en el cerro de San Pedro de Cópore; pero cuando se le presentó su hermano D. Ignacio que venia fugitivo de Zacatlan, le cedió el mando de las tropas en consideracion á su mas alta graduacion en el ejército americano. El virey Calleja, deseoso de que los insurgentes no se hiciesen fuertes en ninguna parte del pais, habia concebido el proyecto de apoderarse á viva fuerza de aquel ventajoso punto; pero atendiendo á que las fuerzas de Llano no eran bastantes para dar feliz cima á su proyecto, mandó que marchasen á unirsele las del coronel Iturbide y una parte de la division de D. Manuel de la Concha, formando entre todas un número de tres mil hombres de todas armas. La guarnicion del cerro ascendia á setecientos individuos, y habia treinta y cuatro cañones de todos calibres, como tambien gran cantidad de agua, víveres y municiones. El sitio quedó establecido el 28 de Enero de este año. Todo el mes de Febrero se pasó en concebir planes para tomar por asalto el campo de los sitiados; porque á pesar de los reconocimientos que se hacian con pérdida de alguna gente, cada vez aparecia menos accesible esta fortaleza construida por la prodigiosa naturaleza, y cuyo frente se hallaba defendido por cuatro baluartes y tres baterías muy bien situadas. Fastidiado Llano de los pocos efectos que habia conseguido en tanto tiempo, resolvió dar el asalto y confió este encargo al coronel Iturbide el dia 3 de Marzo por medio de una orden. El comandante de Guanajuato, contra su opinion que espuso por escrito en una junta de guerra que se habia reunido el 5 de Febrero, se dispuso á obedecer la disposicion del general en gefe del ejército, y consideró suficientes para el ataque quinientos hombres y doscientos caballos. Con ellos se puso en marcha en la madrugada del siguiente dia; mas cuando la primer columna que mandaba el capitán D. Vicente Filisola, se habia acercado á diez pasos del parapeto que defendia una dificil vereda al lado izquierdo del frente, los sitiados se pusieron en alarma al escuchar la voz del centinela que guardaba aquel punto, y á pesar de que la segunda columna vino inmediatamente en apoyo de la primera, se vieron en la necesidad de retirarse con una pérdida bastante considerable. Las demás tropas no tomaron parte en esta accion. Llano levantó el sitio el dia 6 del mismo mes. A solicitud suya se estableció una partida volante de quinientos hombres, cuyo mando se encargó al teniente coronel D. Matias de Aguirre, „quien debia expedicionar incessantemente por las inmediaciones de Cópore: con el objeto de impedir á los rebeldes que se proveyesen de víveres y quitarles todos los recursos, talando, quemando y destruyendo los parages de don-

de pudiesen sacarlos, sorprendiendo sus convoyes y cuerpos exteriores, y manteniéndose á la vista mientras ocupasen su posición, para aprovechar cualquiera oportunidad que se le presentase de apoderarse de ella." El virey desaprobó la conducta que había observado Llano en esta campaña, atribuyéndolo á su mala dirección los infructuosos resultados que había obtenido en el asalto y durante los días del sitio.

Ya hemos dicho que el congreso se había ocupado de redactar una constitucion que sancionó el 22 de Octubre de 1814. Los españoles y su gobierno leyeron el decreto constitucional de Apatzingan, en cuyo bosque residia el congreso en los momentos de su publicacion, con la ira que es natural al dueño cuando vé escapar al esclavo de entre sus manos. Este primer acto constitucional, previo el acuerdo de los oidores de la audiencia, fué quemado por mano del verdugo en la plaza mayor la mañana del 24 de Mayo de 1815. Calleja tomó varias providencias para suprimir la circulacion del enunciado decreto, imponiendo pena capital al que lo retuviera sin entregarlo en el término de tres dias, como tambien la de confiscacion de bienes á todo el que lo defendiese de palabra ó por escrito. La Inquisicion expidió un edicto de excomunion contra todos los miembros del congreso. Iturbide que había vuelto con sus tropas á Guanajuato, pretendió sorprenderlos en el pueblo de Arió, donde se habian retirado despues de haber sancionado la constitucion en Apatzingan. Propuesto este proyecto reservadamente al virey Calleja, cuyo deseo era acabar con aquella reunion de hombres libres y valientes, confió su ejecucion al mismo Iturbide con absoluta independencia del brigadier Llano. La asamblea estuvo á pique de caer en manos del coronel realista, quien por medio de una marcha atrevida en los primeros dias del mes de Mayo, se acercó á Arió en los momentos en que los diputados se preparaban á entrar en sesion. A la noticia de la aproximacion de Iturbide, todos se pusieron en marcha con direccion á Puruarán, llevándose consigo el archivo, la imprenta y la poca tropa que guarnecia el lugar de su residencia. Iturbide cometió actos de atrocidad contra los infelices habitantes de las inmediaciones, á quienes diezmo en todo el curso de su expedicion sin clemencia alguna y sin acordarse que era americano como ellos.

El congreso volvió á reunirse á los pocos dias en Uruapan; pero el Dr. Cos, olvidado del respeto que se debía como uno de los miembros del poder ejecutivo, no quiso seguir la suerte de los diputados de aquel soberano cuerpo, y habiendo reunido alguna gente en la hacienda de Sta. Efigenia, se puso á su cabeza y comenzó á operar en compañía de otras partidas revolucionarias. Poco despues se sublevó contra la misma asamblea legislativa, publicando el 30 de Agosto un manifiesto en el fuerte de S. Pedro, donde trató de demostrar la ilegitimidad de su eleccion, la venalidad de sus miem-

bro, y otras muchas cosas que la perjudicaban á los ojos de la opinion pública. El soberano congreso comisionó inmediatamente á Morelos para la aprehension y fusilamiento de este rebelde, y habiendo verificado lo primero sin resistencia por parte de la tropa, lo puso á disposicion de la asamblea que lo condenó á la pena capital; pero merced á las reiteradas súplicas del clero y pueblo de Uruapan, se le computó aquella pena en la de perpétua prision en los calabozos subterráneos de Atijo.

Nunca el gobierno realista trabajó tanto como en esta época para dar el último golpe á la revolucion. El coronel D. Domingo Claverino, destacado por Llano con cuatrocientos cincuenta hombres de todas armas, hacia sus correrías en los pueblos sitiados al Sudoeste de la ciudad de Valladolid; D. Manuel de la Concha perseguia sin descanso las partidas de la parte montañosa que se extiende desde Temascaltepec hasta las inmediaciones de México; la division de Orrantia derrotaba á los insurgentes en el Rincon de Ortega, sorprendiendo poco despues al famoso Encarnacion Ortiz (Pachon) en el pueblo de Dolores; y el coronel Iturbide, colocado en el camino de Celaya á Chachamacuero, vertía la sangre de los americanos que tenian la desgracia de caer entre sus manos. No por eso el partido revolucionario abandonaba el terreno á sus enemigos; pues en todas partes se alzaban partidas que solian triunfar de los realistas, y les mostraban prácticamente el trabajo que debía costarles el sostenimiento de una sangrienta guerra.

Deseoso Morelos de librar al congreso de un golpe de mano como el que se le preparaba en Arió, acordó la traslacion de la asamblea, gobierno y tribunal de justicia á Tehuacan de las Granadas. La salida de Uruapan se verificó el dia 29 de Setiembre, y Morelos acometió la atrevida empresa de acompañarlos con una fuerza de mil hombres, teniendo que hacer la travesia de ciento cincuenta leguas por entre divisiones enemigas. Ya hemos dicho que Teran habia reunido fuerzas considerables en las inmediaciones de Tehuacan. Guerrero se encontraba fortificado en el territorio de la Mixteca, y el general Morelos habia escrito á estos dos gefes que saliesen á su encuentro en el paso del Mescala. Sus correos fueron desgraciadamente interceptados, y la peligrosa posicion del general quedó ignorada de sus segundos. Los españoles supieron á tiempo la marcha de Morelos sobre la provincia de Puebla; pero suponiéndole un pié de ejército bastante respetable, lo dejaron penetrar hasta Tescmalaca á donde llegó el 3 de Noviembre. Es posible que hubiera escapado de caer en sus manos; pero merced al oportuno aviso que dieron unos indios al general D. Manuel de la Concha, éste marchó inmediatamente á atacarlo en aquella poblacion. Lejos estaba Morelos de imaginar semejante perfidia, creyéndose al abrigo de todo daño y fuera de las líneas españolas; pero el 5 de Noviembre, cuando marchaba por un cerro que se encuentra entre Tescmalaca y el pueblo de Coesala, se vió repenti-

namente atacado por las fuertes divisiones de dos comandantes realistas. El valiente americano no desmayó en medio de este gran peligro. Habiendo ordenado á D. Nicolás Bravo que continuase su marcha con la mayor parte del destacamento, encargándole mucha vigilancia por la seguridad del congreso que escoltaba, no tardó en lanzarse al campo de batalla para contener el avance de las tropas enemigas. „Mi vida, dijo, es de muy poca importancia á la felicidad del país; la perderé contento con tal que logre la salvacion del congreso. Mi carrera concluyó desde el momento que he visto establecido el gobierno independiente de mi patria.” Ningun americano obraba con la lealtad y buena fé que lo hacia este ilustre campeón de la independencia mexicana.

Las órdenes del general fueron ejecutadas por D. Nicolás Bravo. Puesto él mismo á la cabeza de un puñado de soldados, de los cuales le abandonaron algunos en el calor de la accion, consiguó ganar tiempo en favor de la salvacion de la asamblea legislativa. Los realistas no osaron acercársele mientras quedaba un hombre á su lado, y cuando le vieron solo en el campo de batalla, se arrojaron sobre él y lo hicieron prisionero. En esta encarnizada lucha habia hecho lo posible para encontrar la muerte; pues la buscaba con ansia como un hombre disgustado de la vida por sus últimos reveses, como un patriota celoso de concluir por un acto solemne de patriotismo, por una accion brillante y digna del primer periodo de su gloriosa vida militar. El teniente D. Matías Carranco fué el aprehensor de esta ilustre víctima de la independencia de México.

Morelos fué tratado con una brutalidad sin ejemplo por los soldados que acompañaban al teniente Carranco; pero despojado y conducido, cargado de cadenas, á Tenango, Concha se honró recibiendo-le con todo el respeto debido á un enemigo desgraciado, y prodigándole los cuidados y consideraciones que exige el infortunio. Los comandantes Villasana y Concha fueron cierto dia á visitarle en su prision, y el primero entabló con Morelos el siguiente diálogo:—„Me conoce vd. Sr. cura?”—„No conozco á vd.” le contestó Morelos con indiferencia.—„Pues yo soy Villasana, prosiguió el realista, y mi compañero el Sr. Concha; pero dígame vd. ¿si la suerte se hubiera feriado y me hubiera vd. cogido á mí ó al Sr. Concha?”—„Yo les doy, replicó Morelos, dos horas para confesarse y los mando fusilar.” A los muy pocos dias fué conducido á la capital del reino. Todo el vecindario salió á su encuentro hasta San Agustín de las Cuevas, á cuyo punto llegó el 21 de Noviembre con su compañero el P. Morales. El desgraciado Morelos tuvo que sufrir la voraz curiosidad de una turba insolente, y los insultos que el populacho de todos los países prodiga á los enemigos vencidos, aunque tales ultrages hallaron ya insensible al ilustre héroe de Cuautla. Conducido secretamente en un coche á las cárceles de la Inquisición, no lo abandonó un solo instante la serenidad que habia mostrado en el campo de ba-

tallá. Solo le afectaba la idea de tener que sufrir la degradacion de las órdenes sagradas. La publicidad y aparato con que se ejecutó esta humillante ceremonia, fué un doble martirio para su afectado y animoso corazon. Formaron su proceso dos jueces comisionados por las jurisdicciones unidas; á saber; por la eclesiástica el provisor Dr. D. Félix Flores Alatorre, y por la real el auditor de la capitanía general D. Miguel Bataller, el oidor mas bárbaro de todos los miembros de la audiencia, aquel que con insolencia sostenia la superioridad de los españoles sobre los criollos, y la instruccion terminó rápidamente con una sentencia de muerte. Trasladado despues de la degradacion á la ciudadela de México, se le volvieron á poner grillos sin respeto á sus gloriosos antecedentes, y el dia 22 de Diciembre recibió Concha la comision de conducirlo al palacio de San Cristóbal Ecatepec, detrás del cual debia ejecutarse la triste y fatal sentencia. Alojado allí en un inmundo cuarto lleno de paja, se reconcilió con el P. Salazar que lo habia acompañado desde México, y en seguida marchó con paso firme hácia el recinto exterior donde debia ser fusilado. La corta oracion que pronunció antes de su suplicio, merece recordarse por su candorosa nobleza: „Señor, dijo este general, si he obrado bien, vos lo sabeis, y me recompensareis; pero si he obrado mal, recomiendo mi alma á vuestra infinita misericordia.” Concluyó este llamamiento al Ser Supremo, se quitó el capote que llevaba, se vendó los ojos con sus propias manos, y partió á recibir la muerte con aquel semblante sereno é impasible que tantas veces se le habia admirado en el campo de batalla. Su cadáver fué enterrado en la parroquia del pueblo á las cuatro de la tarde.

Con la vida de Morelos concluyó el mas brillante periodo de la revolucion mexicana. El solo poseia bastante influencia para dominar las pretensiones de los gefes secundarios, para reunir sus esfuerzos á un objeto comun y de interes general, para hacerlos concurrir á un mismo plan; y en fin, para conciliar sus distintos intereses y sus rivales ambiciones. Con su muerte se rompió el lazo que unia las fracciones esparecidas del gran partido independiente, desapareció la unidad de accion y todo se sumió en un caos del mayor desórden. Cada provincia se aisló con pretensiones de separar sus derechos, y muy pronto la ausencia de toda combinacion debilitó gradualmente la causa de los insurgentes, defendiéndose solamente en unó que otro punto por algunos conocidos talentos militares.

Seis semanas habian trascurrido desde la prision de Morelos hasta su fatal sentencia, y durante este tiempo el congreso escoltado por D. Nicolás Bravo, habia pasado con mucho trabajo el rio Mixteco, en cuya opuesta orilla encontró alguna gente de Guerrero que lo condujo al pueblo de Tehuacan, donde volvió á comenzar sus tareas con harto sentimiento de D. Manuel Teran que mandaba en aquella ciudad y los pueblos inmediatos. Su primer acto fué diri-

gir al virey una comunicacion redactada por D. Carlos María Bustamante, y ella estaba concebida en unos términos suplicatorios y amenazantes á la vez, teniendo por objeto la preciosa vida del general prisionero. Esta comunicacion fué obra del reconocimiento; pero de un reconocimiento impotente. ¿Qué eran los miembros del congreso á los ojos del virey? Una banda de traidores y facciosos que estaban puestos en algun modo fuera de la ley, y cuyo proceso lo tenian ya formado en la capital del virreinato. Para Calleja era lo mismo que si algunos bandidos le hubiesen pedido gracia para uno de sus compañeros despues de sentenciado. La enunciada nota es otro de los monumentos de patriotismo; pues en ella se lamenta el congreso con nobleza, de que el gobierno español haya tratado de dar á las naciones civilizadas una idea desventajosa de la revolucion: en seguida descende al papel de suplicante olvidando su soberanía, y pide á Calleja que conserve los dias del generalísimo del ejército revolucionario, como él lo hizo con sus enemigos despues de la victoria; y ruega en nombre de la humanidad y de la moderacion, que siga la mejor política en las revoluciones, añadiendo luego otro pensamiento concebido en los siguientes términos: „Si os mostrais cruel ¿qué podeis esperar de nosotros en favor de los vuestros, cuando los azares de la guerra los haga prisioneros nuestros? Reflexionad que setenta mil españoles responden de la cabeza de Morelos, querido de todos los americanos, y cuya suerte interesa aun á aquellos que tan solo son simples espectadores de nuestros combates.” Calleja dió por respuesta un silencio despreciativo á la anterior comunicacion, segun así lo manifestó al ministro de la guerra al participarle la noticia de este hecho.

La asamblea soberana, que no conocia bien su posicion respecto del gobierno español, tampoco la comprendia para su propio partido; pues creada por el generalísimo como un poderoso instrumento de revolucion, como la expresion de la soberanía popular, se hizo ilusion á sí misma, creyendo real y verdadero su origen y su poder; mas al principio de su instalacion no podia tener una influencia activa sobre la nacion. Esta influencia estaba toda en manos de los gefes militares, quienes merecian á los representantes muy pocas consideraciones. En una de sus primeras sesiones constitucionales, los miembros de la asamblea no se olvidaron de sí propios; pues asignaron á cada diputado un salario de ocho mil pesos anuales. En consecuencia de esta disposicion importaba mucho á los diputados tener intervencion en los fondos públicos, y ser de su peculiar autoridad el nombramiento de intendentes, á cuyo cargo estuviesen los caudales de los departamentos en estado de insurreccion. D. Manuel Teran habia visto con disgusto la providencia que expulsó de Tehuacán á los religiosos carmelitas; pero cuando se concedió el nombramiento de intendente á D. Ignacio Martinez, cuyo funcionario empezó á inspeccionar las oficinas establecidas

por aquel, no tardó en suscitarse una reñida cuestion entre el empleado civil y el gefe militar del departamento. Teran decia que habiéndose provisto el tesoro de lo que habia tomado al enemigo, ó de contribuciones que él mismo habia recaudado, le asistia el derecho de extraer lo que necesitase sin cargo alguno. De esta pretension rechazada por el exacto y severo Martinez, se hizo juez el congreso y sentenció en favor del intendente general. Esta justa é impolítica decision redujo al comandante á la desagradable alternativa, ó de no ser mas que un súbdito de una corporacion que le debia la existencia, ó de separar públicamente su autoridad á los ojos del partido revolucionario. Teran fué excitado por una junta de oficiales que servian bajo sus órdenes, y tomó este último partido consultando únicamente su interes personal. ¿Se le quitó la comandancia por esta causa? ¿Se puso acaso su division á las órdenes del congreso? ¿Se ocuparon los diputados en discutir materias frívolas, como sucede en los cuerpos deliberantes en los dias de mayor apuro? No se sabe, lo cierto es que un golpe de estado les hirió repentinamente en la hacienda de S. Francisco, situada á tres leguas de Tehuacán de las Granadas; pues Teran pronunció allí la disolucion del congreso el 15 de Diciembre de 1815, reduciendo á prision á todos los miembros que lo componian. Ningun acto de la revolucion mexicana fué tan severamente vituperado, ni otro alguno ha sido peor juzgado por sus contemporáneos.

No puede negarse que adoptando esta medida extrema, se privaba á los insurgentes de un punto de reunion que podia ser de suma utilidad en el porvenir; pero lo que jamás ha podido establecerse es que pudiese el general obrar de otra manera. No debe olvidarse que era preciso entretener y pagar á este fantasma congreso, y que el distrito ocupado por Teran no era ni bastante vasto, ni bastante rico para soportar esta pesada carga patriótica. Los demás gefes no se inclinaban á auxiliarle, y ninguno de ellos le ofreció un solo peso en aquellas circunstancias, y si no reconocieron el gobierno que habia sustituido al congreso, dando por pretexto la razon de que Teran no tenia derecho para instituirlo, del mismo modo rechazaron de su campo á los antiguos diputados que trataban de establecerse en él. Ninguno de aquellos generales quiso tomar á su cargo la formacion de una asamblea constituyente. En lugar del congreso que habia sido disuelto en Tehuacán, se formó una comision ejecutiva compuesta de Teran, Alas y Cumpido. Este golpe en las circunstancias críticas en que se hallaba la insurreccion, tuvo muy pronto desagradables resultados que precipitaron los sucesos. Varios reveses le habian precedido en el trascurso de poco tiempo; pero á la sazón se generalizó el desorden en las provincias sublevadas, y en lo sucesivo todo fué confusion entre los gefes independientes, los cuales deseando operar cada uno por su cuenta y riesgo, fueron sucesivamente destruidos por un enemigo superior en

fuerzas. Con nuevas tropas llegadas de la Península española, pudo el virey tomar en todos los puntos la ofensiva, y establecer una vía regular de comunicaciones en todas direcciones, haciendo reconocer la autoridad real en los distritos mas distantes. Pero no adelantemos los sucesos.

D. Manuel Mier y Terán, á quien hemos dejado vencedor de la asamblea nacional, procuró atraerse la cooperacion de Victoria, Guerrero y Osorno, sometiéndolos á la obediencia de la comision ejecutiva que substituyó al congreso; pero estos comandantes se mostraron poco dispuestos á reconocer el nuevo gobierno, y los Sres. Alas y Cumplido tuvieron á bien volverse á la provincia de Michoacan, dejando las cosas en el mismo estado que guardaban antes de encaminarse el congreso á Tehuacan. Los diputados fueron puestos en libertad á los tres dias de su prision. El valiente jóven D. Nicolás Bravo, indignado de su conducta observada por Terán en su departamento, marchó con su caballería desarmada á situarse en el pueblo de Ajuchitlan, á donde llegó sin novedad alguna despues de haber cruzado por entre las tropas del coronel Armijo. Poco antes de separarse el congreso de Ario para marchar á Tehuacan, habia nombrado una junta subalterna en Taratan para dirigir los negocios en caso de una desgracia, y habiendo regresado de los Estados- Unidos D. Juan Pablo Anaya, reunió unos cuantos oficiales y la disolvió en la hacienda de Santa Efigenia á principios de 1816; pero varios comandantes erigieron poco despues otra junta que fijó su residencia en el fuerte de Jaujilla. Esta reunion nada consiguió en favor del buen orden y de la causa revolucionaria.

Deseoso el comercio español de franquear las comunicaciones de Veracruz á la ciudad de México, proveyó de fondos al gobierno para el envío de mas tropas al reino de Nueva-España. Con tal motivo una expedicion de dos mil hombres, al mando del brigadier D. Fernando Miyares y Mancebo, habia desembarcado en Veracruz el dia 18 de Junio de 1815. El gobierno real se propuso desde entonces perseguir con encarnizamiento á Guadalupe Victoria; porque ninguno le habia ocasionado tantos daños como este caudillo de la causa revolucionaria. El general Victoria operaba desde el anterior año en la provincia de Veracruz, pais montañoso en el que con dos mil hombres decididos se habia hecho temible al virey Calleja, interrumpiendo todas las comunicaciones de México con uno de sus principales puertos. En el puente del Rey, paso fortificado por la naturaleza del terreno, y que los insurgentes habian hecho mas fuerte todavia con varios trabajos y artillería, Victoria habia detenido en meses pasados un convoy de seis mil mulas, escoltado por dos mil hombres bajo las órdenes del coronel Águila. Su modo de hacer la guerra era el mas propio á la naturaleza del pais y á las costumbres de los indios. Era el mismo que el de los insurgentes de Bretaña ó el de las guerrillas de la península española. La necesidad

de mantener libre la vía de comunicacion con Europa, condujo á Nueva-España la expedicion del brigadier Miyares, y este militar procedió á establecer una línea de puntos fortificados en toda la subida que conduce desde la costa á la gran llanura. La ejecucion de este plan fué precedido y acompañado de multiplicadas acciones entre las tropas reales y los insurgentes. El brigadier Miyares, nombrado comandante de los distritos de Jalapa, Córdova y Orizaba, salió del primer punto y dispuso el ataque del puente del Rey para el 24 de Julio, y despues de una hora de vivo fuego entre las fuerzas de ambos gefes, consiguió sacar á Victoria de las alturas de aquel punto fortificado. Miyares continuó su marcha molestando en todo el camino por la caballería del general insurgente; pero habiendo llegado á salvo con el convoy á Veracruz el 29 de Julio, estuvo de regreso en Jalapa el dia 9 del siguiente mes. En seguida se puso en comunicacion con las villas de Córdova y Orizaba, ahuyentando la caballería que tenia en Ixtapa el cabecilla Luna, como tambien las partidas que Terán habia situado en las cumbres que dominan el camino.

El aventurero Alvarez de Toledo, de cuya derrota hemos hablado al ocuparnos de la revolucion de Béjar, habia hecho nuevo alistamiento de gente en los Estados- Unidos contra la prohibicion del presidente, y desembarcó con ella el 6 de Octubre en Boquilla de Piedras, trayendo consigo cuatro cañones y gran cantidad de municiones de guerra. El general Victoria volvió á fortificar con este auxilio la posicion del puente del Rey; mas el brigadier Myares, teniendo necesidad de emprender un nuevo ataque en el mismo punto, reunió todas sus fuerzas y comenzó sus operaciones el 1.º de Diciembre. A los ocho dias de un incesante ataque en todas direcciones, á cuya funcion de armas asistió la division al mando del coronel Márquez Donallo, los insurgentes se retiraron abandonando nueve piezas de artillería y considerable provision de víveres y municiones. Los realistas les siguieron el alcance hasta la barranca de Acasónica. En seguida Miyares marchó á apoderarse del fuerte de la Antigua que defendia el chino Claudio; pero habiéndolo encontrado abandonado con sus obras de fortificacion, resolvió conservarlo para continuar su línea hasta dicho punto. Este gefe realista dejó poco despues á Jalapa para tomar el mando de la plaza de Veracruz, desde donde dispuso frecuentes expediciones por el camino de aquella ciudad y las villas; pero con motivo de la rivalidad que excitó su noble y caballerosa conducta en el ánimo del virey, regresó á España en Abril de 1816 y murió á consecuencia de un golpe que habia recibido en campaña.

Quando desembarcó Miyares en Veracruz á mediados de Junio de 1815, el virey tenia dispuesto apoderarse de Misantla y de Boquilla de Piedras en la costa de Barlovento. D. Carlos María Llorente, á quien se encargó el desempeño de esta comision, nada pu-

do conseguir en el ataque que intentó contra Boquilla de Piedras, y á pesar de la dificultosa marcha que le ocasionó la estacion de lluvias, logró tomar con no poco trabajo á Misantla que defendian algunos parapetos, y esta poblacion fué quemada y abandonada el 11 del mes de Julio. Las armas realistas continuaron sus triunfos en todas partes hasta fines de año, de suerte que su posicion era brillante al principio el de 1816, y siguió lo mismo hasta terminar el gobierno de D. Félix María Calleja. El coronel D. Manuel de la Concha, nombrado comandante de los Llanos de Apan, se puso en marcha al siguiente día de la ejecucion de Morelos, y habiendo lanzado á Osorno del pueblo de Zacatlan, lo persiguió de muerte hasta obligarlo á buscar un asilo en el campamento de Tehuacan, donde entró á servir bajo las órdenes de Terán con una corta fuerza que lo acompañaba.

Las fuerzas del Sur gravitaban en pequeñas partidas sobre los infelices pueblos, y aunque Armijo habia triunfado de ellas desde Acapulco hasta las inmediaciones de México, todavía se le presentaba como un formidable atleta el valiente americano D. Vicente Guerrero. D. Manuel Terán se sostuvo algun tiempo contra el ejército real, atrincherándose cuidadosamente en todos los puntos susceptibles de defensa; pero no teniendo armas y municiones, cuya venta le propuso un tal Davis Robinson que habia desembarcado por Boquilla de Piedras, le fué preciso intentar una expedicion á la costa para apoderarse de un puerto, pues Guadalupe Victoria exijia un derecho de tránsito para permitir su introduccion por aquel portezuelo. La estacion lluviosa le sorprendió en el pais de Tustepee, á cuyo pueblo llegó el día 7 del mes de Agosto, y no halló otro medio de salir de esta difícil posicion, que el hacer en cinco dias y con ayuda de los indios naturales, una ruta militar de siete leguas por en medio de un impracticable cenegal, obra que los conocedores del terreno exajeran como un gran triunfo. Este camino lo condujo á la rancheria de Mixtan, desde donde se dirigió á Playa Vicente para batir una division realista al mando de D. Pedro Garrido, cuyo comandante fué completamente rechazado en el paso del rio que intentó disputar á D. Manuel Terán. Este gefe se vió expuesto á morir ahogado en tan difícil como penosa campaña, y considerando que los realistas debian volver á la carga con mayores fuerzas, resolvió emprender la retirada que le disputaron infructuosamente las tropas de Garrido y Topete. Los malos resultados de esta expedicion privaron á la causa revolucionaria de elementos para rehacerse de sus continuados reveses. Tal era el estado que guardaba ella al terminar el sangriento gobierno de D. Félix María Calleja.

*Gobierno de D. Juan Ruiz de Apodaca, sexagésimo-primer virey de México: operaciones de los insurgentes sobre diferentes puntos (1816).* El nuevo virey acababa de desempeñar con honor y desinterés la capitania general de la isla de Cuba. Los actos crue-

les é impolíticos de la administracion del general Calleja, aunque sus operaciones militares habian dado un golpe de muerte á la revolucion, impedian á los ojos de algunos españoles la absoluta pacificacion de la Nueva-España, y deseando el gobierno de Madrid conseguir por otros medios esta obra que ya reclamaban tantos años de continuada guerra civil, fijó su atencion para tamaña empresa en D. Juan Ruiz de Apodaca, teniente general de la real armada y sugeto recomendable por su rectitud y afabilidad. Llegó á Veracruz en la fragata Fortuna con un convoy de ocho buques, en los cuales vinieron el primer batallon del regimiento de México y algunas compañías del fijo de Puebla. La caballería de Osorno, destacada por Terán desde su campamento, lo atacó vigorosamente en la hacienda de Vicencio á las inmediaciones de Ojo de Agua, y á no ser por el oportuno auxilio que le prestó la division de Márquez Donallo, no sabemos qué suerte hubiera corrido el virey, su esposa y sus hijas. En México no se tenia noticia alguna de la llegada de este alto personaje; pues los insurgentes habian interceptado los correos que pudieran haberla traído. Calleja lo supo despues por un extraordinario que se le presentó el día 16 de Septiembre, y habiéndose retirado al palacio arzobispal que se halla en Tacubaya, estuvo dispuesto á entregar el baston á Apodaca en la villa de Guadalupe el día 19 del mismo mes. Un convoy que salió con caudales el 16 de Octubre, sirvió de escolta á Calleja que deseó embarcarse inmediatamente para España, donde sus servicios se vieron recompensados con el título de conde de Calderon.

Despues de un gobierno tan cruel y vengativo como el del general Calleja, debia mostrarse con todo su esplendor la rectitud y afabilidad del marino Apodaca. Sus primeras disposiciones llevaron el sello de la prudencia y sabiduría; pues habiendo prohibido fusilar arbitrariamente á los prisioneros revolucionarios, como se hacia con no poco escándalo durante la anterior administracion, muchos individuos que habian vivido sobresaltados entre cobardes satélites, pudieron ya respirar con alguna libertad bajo el hermoso cielo de la Nueva-España. Muy pronto se hizo proverbial la clemencia de este delegado del gobierno de Madrid; porque á pesar de que estaba en su deber reprimir con mano fuerte la revolucion, puso en obra el principio de la dulzura para ganar á España la conservacion de su rica colonia, y acogió bajo el indulto á todos los gefes que se presentaron á abjurar de sus errores. Es cierto que al principio de su gobierno guardaba muy triste estado la revolucion; pero así como habian desaparecido en el cadalso los principales caudillos de ella, no era extraño que hubiese producido otros héroes la fecunda tierra de Morelos y Matamoros. Sin embargo, la templanza del marino Apodaca, unida á la falta de unidad de los gefes que la acaudillaban en esta época, llegaron á eclipsar completamente el fuego revolucionario en la estension de todo el pais. Todos

los americanos y buenos españoles tuvieron mucho que agradecer por su nuevo nombramiento al gobierno de Fernando VII.

La primer época administrativa de Apodaca se hizo notable por una continuada sucesion de triunfos y felices resultados; porque segun hemos dicho al ocuparnos del estado que guardaba la revolucion, la falta de unidad y de orden le ocasionaban mas perjuicios que los reveces que habia sufrido en meses anteriores. No es nuestro intento empeñarnos en un laberinto de detalles sin interes, en una narracion de escaramuzas sin gloria; pues aquel era un periodo de anarquía, de robos, de asesinatos y de excesos. Entonces se veia pulular una muchedumbre de ambiciosos, salidos de las heces de la ciudad, buscando medios de hacer fortuna, y con los títulos de coroneles y brigadieres, ponerse á la cabeza de bandas sin disciplina, decorándose con el nombre de patriotas, haciéndose temibles á todos los partidos por su audacia y crueldad. Los hombres honrados entre los gefes revolucionarios dejaron de ser respetados; pues su firmeza en el mando se canonizó de despotismo, y se vieron acusados de traicion y supeditados por las mas innobles pasiones. No tardaron en convencerse que les era imposible contener el desorden y dominar esta crisis anárquica, y entonces el entendido y prudente Apodaca les ofreció con mano elemente una completa amnistia. Confiados en las reales promesas que fueron religiosamente cumplidas, la mayor parte de ellos se trasladaron á la mansion del reposo, de modo que en los primeros dias del año de 1817, no se contaban sino un corto número de hombres armados bajo las banderas de la insurreccion, y á su cabeza ya no existian los principales gefes de Morelos. Referirémos en pocas palabras de qué modo sucumbió cada uno de ellos.

D. Manuel Terán, apénas repuesto de las pérdidas que habia sufrido en su expedicion á Playa Vicente, tuvo noticia de la aproximacion de Márquez Donallo con una fuerza de mil hombres, y habiendo salido á su encuentro para anticiparse al golpe que se le tenia preparado, le presentó batalla en las inmediaciones del pueblo de Tlacotepec; pero habiendo vuelto espalda el gefe realista con direccion á Tecamachalco, la gente de Terán regresó á su cuartel general sin experimentar ninguna pérdida en el camino. A los pocos dias hizo una expedicion á San Andrés de Chalchicomula, donde se encontraba el coronel Moran con trescientos infantes y cien caballos, y habiendo encontrado posesionado al enemigo de una altura ventajosa, quedó completamente derrotado en las lomas de Santa María inmediatas á aquella poblacion, perdiendo dos cañones, ochenta fusiles, porcion de municiones, cuarenta y seis muertos y setenta y dos prisioneros, de los cuales veintiocho fueron inmediatamente pasados por las armas. En seguida Terán reuniendo las fuerzas que se le habian dispersado, trató de disputar el paso á Samaniego que escoltaba un convoy destinado á Oajaca, y habiendo sido

rechazado con alguna pérdida en el rancho de la Noria, se retiró á Tehuacan en los últimos dias del mes de Noviembre.

El comandante realista Hévia salió de Puebla el 26 de Diciembre con intenciones de poner sitio á Tepeji, donde estaba situado un hermano de D. Mantiel Terán, y allí se le incorporó La-Madrid con las tropas que operaban en la Mixteca; pero habiendo vuelto á salir éste para atacar á D. Manuel Terán que se habia situado en el pueblo de San Juan Ixcacuitla, se vió obligado á retirarse despues de haber experimentado una derrota. D. Manuel Terán volvió al pueblo de Atexcal para hacerse de algunas municiones, y en seguida pretendió sorprender á los que sitiaban á su hermano D. Juan en Tepeji, haciéndolo por una vereda oculta que conducia al lugar donde estaba situada su batería; mas con motivo de no haber cargado á un mismo tiempo los infantes y la gente de á caballo, se frustró el ataque y Terán se retiró con bastante orden del campamento enemigo. D. Juan abandonó la poblacion con pérdida de toda la artillería, incluso cuatro prisioneros que fueron pasados por las armas, y marchó á reunirse con su hermano D. Manuel que lo aguardaba en San Juan Tepango; mas este valiente militar, despues de haber derrotado á Obeso en Ayotla, y viéndose perseguido por la division del coronel Bracho, fué á encerrarse apresuradamente en el convento de San Francisco de Tehuacan, cortada por los realistas la comunicacion con el punto fortificado de Cerro Colorado. Allí se defendió valerosamente hasta el 21 de Enero de 1817, en cuyo dia consiguió en favor de su gente una honrosa capitulacion. Bracho convino en que se le daria pasaporte y los gastos del viage para cualquier otro pais extranjero que no fuesen los Estados-Unidos del Norte. Toda su division quedó en libertad de habitar el pais y entregarse á las ocupaciones pacíficas de la vida. Este modo de tratar con los insurgentes era enteramente nuevo, y manifestaba un gran progreso en la opinion á favor de la independencia, ó cuando menos un retroceso hácia las prácticas de los pueblos civilizados. Terán vivió tranquilo en Puebla bajo la vigilancia de las autoridades reales.

Su colega D. Ignacio Rayon, uno de los primeros que se adhirió á la causa revolucionaria, se habia aprovechado de la prosperidad de Morelos para ejercer un mando casi independiente en la parte montañosa de la provincia de Michoacan: era demasiado conocido por sus talentos y brillantes hechos de armas. La defensa que hizo de los retrincheramientos del Cerro de Cópore, de los cuales no pudieron apoderarse las dos divisiones reales de Llano é Iturbide, á pesar de la superioridad de sus fuerzas y de su artillería, atrajo las miradas de los amigos y enemigos de la independencia. Desgraciadamente el gobierno español dió grande importancia á este punto fortificado; pues hizo talar los campos que le circunian para estrechar por el hambre á su guarnicion, y circunvalada por todas